

EL PSICOANÁLISIS Y LA RELIGIÓN

Existe un malentendido entre la religión y el psicoanálisis, no queramos engañarnos. Pero lo que el creyente debe hacer es analizar imparcialmente lo que quieren decir ambos, compulsando la realidad religiosa con las explicaciones que el psicoanálisis da de ella.

Así —en lo que respecta al psicoanálisis— lo han hecho muchos católicos, que en mis artículos que hace unos meses escribí sobre él quedan citados, y todos habrán podido apreciar la positiva valoración que del hallazgo freudiano hacen estos creyentes.

Sin embargo no seamos ilusos al pretender negar lo evidente: entre la religión y el freudismo existe algo que, a primera vista, los separa profundamente.

Sabemos que Freud no escatimó sus críticas a lo religioso, aun sabiendo que se exponía con ello a la incompreensión de la mayoría de los dirigentes —políticos, religiosos o culturales— de su tiempo. Y el catolicismo le ha pagado con la misma moneda.

En 1956 los Obispos holandeses publicaron unas instrucciones de la Santa Sede que, leídas por un profano, parecen execrar totalmente la acción de esta terapéutica en el hombre religioso. Sin embargo, cualquiera que lea con cuidado este documento —sólo dirigido, por otra parte, a los católicos de Holanda— verá que describe un freudismo práctico que no es el auténtico psicoanálisis. Es posible que en los Países Bajos existieran por aquellos años esas falsas ideas, atribuidas al psicoanálisis, pero no son las que sostienen los especialistas freudianos de solvencia.

Entre las cosas que se atribuyen al psicoanálisis en Holanda, en ese documento eclesiástico, está —se dice— la de haber inducido a «enseñar algunos... que personas completamente sanas pueden prestarse, por amor cristiano, a los actos sexuales de los neuróticos, con tal de no consentir en pecados».

De la simple lectura de este párrafo se deduce que tal postura, si ha existido en aquel país, va en contra: 1) de la solución freudiana para los conflictos psíquicos, ya que ésta nada tiene que ver con el simple ejercicio físico del acto sexual en forma indiscriminada, como he demostrado en uno de mis artículos del verano pasado, y 2) no se puede atribuir al freudismo la pretensión de que haya de prestarse un ser humano, como simple instrumento automático, a la realización de un acto sexual. Esto, por supuesto, no es la enseñanza freudiana auténtica, porque si hay algo contrario al psicoanálisis es pretender una acción de comunicación personal hecha por móviles exteriores y, por tanto, que fuese insincera y artificiosa, ya que nunca puede, quien obre así, ser vehículo de nada positivo humano, sea o no sea pecaminoso.

Lo mismo podría parecer —a primera vista— de otro documento más importante —porque es universal—, escrito por el Santo Oficio en 1961. Sin embargo, esta instrucción es mucho más comedida y, bien leída, nada dice que un riguroso seguidor de Freud no pueda aceptar, como hace un año aclaró monseñor Vallaine, en nombre de la Santa Sede, con motivo de las experiencias de psicoanálisis en el monasterio benedictino de Cuernavaca.

La oposición religiosa contra el psicoanálisis se concreta —en este último escrito— a dos decisiones prácticas, pero ninguna teórica ni de fondo:

- 1) la prohibición de ejercer esta terapéutica los eclesiásticos y religiosos;
- 2) prohibiendo el exigir indiscriminadamente a todos los futuros sacerdotes o religiosos el psicoanálisis —o la consulta al psicoanalista—, como condición imprescindible, antes de ordenarse o hacer los votos definitivos.

Examinando estas dos prohibiciones veremos que no son, en sí mismas, verdaderas oposiciones al psicoanálisis, sino a su indiscriminado uso.

La primera restricción no tiene significación alguna peyorativa, porque es lo mismo que exige el derecho canónico respecto a la cirugía: un clérigo no puede ejercer esta profesión según la legislación actual de la Iglesia. Y, sin embargo, nadie podrá dudar

de que la cirugía es algo que no sólo resulta inocuo para la religión, sino que es un gran factor de progreso para la salud humana. Son otras razones particulares —y circunstanciales— las que le han hecho adoptar a la Iglesia esta actitud restrictiva con el ejercicio de la cirugía por parte de sus clérigos, pero nada puede deducirse de ella contra la cirugía misma. Y lo mismo ocurre, por tanto, con la simple prohibición, manifestada en esos documentos, de ejercer, clérigos y religiosos, la profesión psicoanalítica: no se puede deducir nada contra ella, como nadie se atrevería a deducir nada contra la cirugía, a pesar de estar prohibido su ejercicio a los clérigos.

Respecto a la segunda traba puesta a los futuros eclesiásticos y religiosos no quiere decir nada en contra del psicoanálisis. Porque nadie pretende que el psicoanálisis pueda ser aplicado indiscriminadamente a todos.

Freud, el ateo, le dijo en una ocasión a su buen amigo el pastor protestante Oskar Pfister: «En sí el psicoanálisis no es religioso ni antirreligioso, sino un instrumento imparcial que puede servir tanto al clero como a los seglares, cuando se emplea sólo para aliviar a los que sufren».

Por eso afirma el profesor Rieff que, aunque «Freud es muy volteriano», sin embargo siempre ponía por encima de sus opiniones particulares la actitud científica de estudio imparcial de la realidad humana y, especialmente, de la realidad psicológica de los hombres. El psicoanálisis puede ser aceptado y ayudar a creyentes dispuestos a ser sinceros consigo mismos y con la realidad externa a nosotros. La sinceridad más absoluta, en todo y con todo, es la actitud básica del freudismo.

Por eso hay que reconocer que «las opiniones religiosas y filosóficas carecen de relación inmediata con el psicoanálisis y, en este aspecto, el psicoanálisis en nada se distingue de otras ciencias», como dice el psicoanalista Karl Kliwer. Muchos apasionados vulgarizadores —tanto católicos como increyentes— mezclan, no obstante, sus personales opiniones con reflexiones o informaciones acerca de este método psíquico de superación de nuestras propias negativas, convirtiéndolo falsamente en una elucubración superficial que resulta una pseudofilosofía fácil de combatir. Pero eso no es el freudismo serio de los investigadores y clínicos de categoría.

La postura más justa es la que adoptó el psicoanalista católico Zilboorg. Después de muchos años de estudio, investigación y práctica llegó a la conclusión de que el psicoanálisis no pretende ser una filosofía, aunque entraña muchas consideraciones relativas a la sociología, la religión o la filosofía, las cuales pueden ayudarnos en estos tres planos. «Hay muchas personas —dice—, y entre ellas yo mismo, que, de este círculo de hechos que ha aportado la investigación psicoanalítica, derivan determinadas consideraciones sociales, religiosas o filosóficas. Pero, sin embargo, esto no convierte al psicoanálisis en una filosofía... Los hechos son los únicos que, como la fe, no se pueden recusar». El psicoanálisis es un hecho positivo y, por eso, nadie puede recusarlo, sino debe reconocer que ha prestado una ayuda muy valiosa para fundamentar mejor y más profundamente muchos aspectos de la estructura social o individual, religiosa o cultural; pero no las sustituye en su naturaleza propia, ya que estas parcelas del saber deben seguir sus propios métodos de desarrollo, de expresión y de estudio.

Freud —cosa que asombraría a sus críticos fáciles— al final de su vida, dando un mentís a las caricaturas que se hicieron de su enseñanza, resumió el cometido del psicoanálisis con estas palabras: «Es aquel estilo de vida que convierte el amor en el centro de todas las cosas y funda toda felicidad en el hecho de amar y ser amado». Y no se piensa, ni mucho menos, que tras la palabra «amor» se esconde una mercancía puramente materialista, sino el impulso generoso a dar y darse que tiene todo ser humano.

Más que una filosofía, el freudismo, bien entendido, nos acerca a un estilo de vida realista y abierto a los otros.